

RESEÑAS

ARMANDO DE RAMON, RICARDO COUYOUMDJIAN, SAMUEL VIAL, *Historia de América. La gestación del mundo hispanoamericano*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1992.

Cuando aún no se extinguen los ecos de la conmemoración de los 500 años del descubrimiento y la conquista de América, que significó en materia bibliográfica un verdadero caudal de novedosas publicaciones, dos prestigiosos académicos del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, que contaron con la ayuda de un egresado y un numeroso grupo de ayudantes, se abocaron a la difícil tarea de elaborar un manual que incluyera las principales materias para abordar el estudio del período mencionado y la época colonial americana.

Dichos investigadores pusieron al servicio de la obra toda su experiencia académica acumulada de varios semestres académicos en los cuales impartieron cursos relacionados con el tema.

La palabra manual que caracteriza al libro analizado es precisa y no da lugar a dudas. Esto quiere decir una obra donde se mencionan y explican, cronológicamente, los principales acontecimientos políticos que permiten entender el desarrollo del proceso de contacto entre los dos mundos y la posterior organización de la explotación de los recursos, conjuntamente con la división administrativa y la burocracia colonial americana.

Con este fin, los autores dividen la obra en siete partes con una notoria unidad otorgada por el aspecto político. Cada una de estas partes consta de capítulos y subcapítulos con títulos muy bien elegidos, lo que facilita su consulta. Además, cada parte contiene una bibliografía de profundización del tema correspondiente.

Como sus autores lo explican en el prólogo, este volumen se inicia con un análisis del estado en que se encontraban las distintas culturas indígenas a la llegada de los primeros europeos y termina a mediados del siglo XVIII, justo cuando se iniciaban las grandes reformas que implantarán en América española el rey Carlos III y sus ministros.

La primera parte de esta obra la constituye una apretada síntesis sobre el mundo precolombino, donde, sin duda es digno de destacar el esfuerzo que realiza la autora Margarita Alvarado Pérez por resumir este extenso período de la prehistoria e historia americana.

En su trabajo, ella incorpora dos ideas fundamentales para entender nuestra América; por una parte la diversidad cultural que presenta el continente y por otra las diferencias de las principales fronteras de conquista que van a ser escenario del proceso de contacto entre españoles e indígenas.

La segunda parte del manual es novedosa, ya que incorpora todas las nuevas tendencias bibliográficas europeas en relación a la expansión. Los autores plantean que para entender dicho proceso –ocurrido a partir del siglo XV– hay que remontarse a sus raíces insertas en la denominada baja Edad Media. Por esta razón el siglo XIV, mencionado en esta parte segunda, constituye un momento clave al determinar el cuadro de motivaciones que va a impulsar a “cierta” población europea a la búsqueda de nuevos espacios.

De la parte tercera en adelante vemos que se presentan cuestiones como el proyecto colombino, la conquista de México y Perú, las razones de la caída de la población aborigen –enfocada imparcialmente–, para luego continuar con el desarrollo de repartimiento, la encomienda y el carácter de la colonización, entre otros sugestivos temas.

No escapa al interés de los autores exponer temas que abarcan desde la organización de los virreinos, las medidas defensivas que aplicó la Corona para proteger sus territorios hasta la interesante tesis de los espacios económicos que rige la economía colonial.

Este libro exige una lectura dedicada debido a las innumerables materias que trata. Es por esta razón que viene a llenar un vacío por ser una obra de síntesis que explica el complejo proceso que implica la gestación del mundo hispanoamericano.

Una última reflexión permite destacar otro de los méritos de la obra: la vinculación que hacen los autores entre la historia europea y la historia americana. Es innegable que los cambios políticos o las tendencias económicas del viejo continente determinarán el carácter de la conquista y le impondrán un sello a cada siglo colonial americano.

HUGO ROSATI

JAMES WHELAN, *Desde las cenizas, vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile 1833-1988*. Santiago, Ed. Zig-Zag, 1993, 1.043 páginas.

Escribir un libro de historia de 1.043 páginas y que abarque más de 150 años es un logro notable. Más todavía si, según su presentación en la contratapa, “es la historia social y política más completa escrita por un extranjero (...), la obra histórica mejor documentada escrita sobre el país en este

siglo, con la sola excepción de Francisco Antonio Encina y Gonzalo Vial Correa".

Tamaño longitud siempre hace pensar al lector que se está frente a un clásico. Se comienza su lectura con inconsciente respeto, con admiración hacia la sabiduría y erudición que se encontrará en las muchas horas que demandará su conocimiento.

Entre quienes cultivamos la historia lo primero que se estila en estos casos es mirar la bibliografía. Allí se espera encontrar una enorme lista de títulos. Todas o la mayoría de las obras que traten el período estudiado. Desde las cenizas se trata, sin embargo, de una excepción. Esta incluye sólo dos historias generales de Chile republicano: los manuales escolares de Luis Galdames (decimocuarta edición) y de Walterio Millar (vigésimanovena edición). No incluye libro alguno de (por orden alfabético): Amunátegui (cualquiera de ellos), Barros Arana, Harold Blakemore, Gonzalo Bulnes, Simon Collier, Ricardo Donoso, Paul Drake, Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina, Mario Góngora, Ricardo Krebs, Fernando Silva V., Gonzalo Vial,¹ Benjamín Vicuña Mackenna, Sergio Villalobos, para nombrar tan sólo algunos de los que han publicado títulos importantes sobre el período que abarca Whelan. A falta de libros hay referencias a entrevistas, artículos y documentos, pero todos abarcando el período posterior a 1970.

Cuando, un tanto asombrado, se comienza a leer el texto, la cuestión se aclara en parte. No se trata de una historia de Chile republicano como afirma la pretenciosa presentación; es un reportaje a los últimos cincuenta años y en particular al golpe militar de 1973 y el Gobierno de la Fuerzas Armadas. Traducción castellana del original aparecido en USA en 1989.

El libro puede dividirse en cinco partes:

La primera (28 págs.) se refiere a la geografía de Chile.

La segunda (40 págs.) hace la historia de Chile entre 1810 y 1938. Aunque más adelante hay otras alusiones a ésta.

La tercera (181 págs.) se preocupa del período que fue desde 1938 a 1970.

La cuarta (247 págs.), del Gobierno de la Unidad Popular y el golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

La quinta (434 págs.), del Gobierno militar del general Pinochet.

El resto son apéndices y la "bibliografía".

Como podemos observar estamos frente a un *in crescendo*. Vamos de a poco.

La primera impresión es lamentable.

¹ De Blakemore y Vial incluye, sí, dos artículos menores.

En relación a la introducción geográfica, reproduzcamos un párrafo. Refiriéndose al fatalismo chileno frente a los terremotos escribe Whelan: *"el efecto que esto tiene sobre los chilenos, en mi opinión, es compenetrarlos de un misticismo que va más allá del fatalismo. Para ellos no se trata que el mensajero de Victoria deba llegar en su corcel para salvar a Mac el Cuchillo del patíbulo, sino que el grandísimo bribón ha llegado siempre a tiempo"* (p. 30). (sin comentario).

En cuanto a la historia de Chile entre 1833 y 1938, veamos otro trozo (los errores están señalados con asteriscos): *"De 1831 a 1871, Chile fue virtualmente una monarquía dentro de la cual dos corrientes elitistas –viejos monárquicos y nuevos aristócratas–* luchaban por el poder. Durante los primeros treinta años, tres presidentes conservadores fuertemente ligados a las ideas autocráticas de Diego Portales gobernaron con poder casi absoluto. Una presidencia de transición fue seguida por veinte años que señalaron el aumento del partidismo dentro de la política. Esos primeros años vieron dos sangrientos pero fallidos levantamientos sangrientos (sic), y los años siguientes fueron testigos de la creciente cacofonía de una actividad política dominada por las llamadas cuestiones teológicas; un movimiento encabezado por los liberales** que intentaban quebrantar el poder de la Iglesia en los asuntos civiles. En lo fundamental fue un período de prosperidad y progreso, durante el cual Chile fue un ejemplo y una fuerza admirada y envidiada en las Américas. Los indios habían sido dominados***; fue inaugurado el primer telégrafo de Sudamérica y se construyó el primer ferrocarril; se fundó el partido político chileno de más larga vida (el Partido Radical, en 1861****); el país se adelantó a los demás en la redacción de un código civil y uno comercial; y se produjeron osadas innovaciones sociales. Como se ha dicho antes, Chile también peleó y ganó una guerra que aumentó su territorio en un tercio***** y contribuyó enormemente a su riqueza"* (p. 61).

El trozo recién transcrito nos merece los siguientes comentarios:

* Primero. No se sabe que hayan existido monárquicos en Chile después de 1831. ¿Se refiere Whelan a Pelucones y Pipiolos? Si es así, ninguno de esos dos partidos era monárquico ni viejo ni nuevo y toda la dirigencia de ambos estaba compuesta por aristócratas, ni demasiado viejos ni demasiado nuevos.

** Segundo. No fueron los liberales los que en ese período intentaron quebrantar el poder de la Iglesia en cuestiones civiles. Fue el gobierno autoritario del conservador Manuel Montt el que tuvo por ese motivo un grave problema con los católicos. ¿Cómo reaccionaron éstos: aliándose con el partido liberal en la llamada Fusión liberal-conservadora; los problemas entre liberales y la Iglesia se dieron después de 1871.

*** Tercero. Los indios de la zona central de Chile habían sido dominados por los españoles en el siglo XVI; los mapuches de la Araucanía no lo fueron sino hasta después de 1880. ¿A cuáles se refiere Whelan?

**** Cuarto. La primera asamblea del Partido Radical se fundó en 1863 (Copiapó) y el partido propiamente tal en 1888. ¿De dónde sacó Whelan la fecha de 1861?

***** Quinto. Tampoco se sabe de una guerra sostenida por Chile entre 1831 y 1871 que haya aumentado en un tercio su territorio. Sospechamos que el autor confunde la Guerra contra la Confederación Perú-boliviana con la Guerra del Pacífico que se inició en 1879.

Para qué seguir. El resumen de la historia de Chile republicano que hace Whelan corresponde al conocimiento que muchos norteamericanos medios tienen de América Latina. Que lo haya puesto por escrito es lo asombroso. Sorprende en cambio que este catastro de errores esté apoyado, no por escuetas referencias como en tantas obras académicas serias, sino por largísimas notas; curioso.

La tercera parte del libro de Whelan es una crónica política que va desde 1938 a 1973. El relato se alarga, se hace minucioso; se nota ahora conocimiento del período. Por cierto que pinta un panorama de decadencia. Es parte de su tesis: para que haya resurgimiento desde las cenizas primero tiene que haber incendio. No es una historia del país entre esos años, es un testimonio acusatorio. Después de leerlo se tiene la impresión que todos eran incapaces, dobles o ignorantes. Algunas figuras se escapan de esta condena, notoriamente Jorge Alessandri.

Como crónica tiene el mérito que algunos temas son tratados objetivamente y en detalle. Se relatan, haciendo gala de un humor basto, las vidas de los dirigentes y se hace referencia a las carreras o actuaciones de muchos otros personajes menores, con ecuanimidad. Se refiere también Whelan al nacimiento de las alianzas y contralianzas entre los grupos. Algunos de los principales acontecimientos o procesos políticos se cuentan con erudición y se hace —y esto es lo más logrado— una secuencia entre los sucesos chilenos y las políticas norteamericanas frente a América Latina. Hasta el punto de que se logra, con un poco de buena voluntad de parte del lector, un panorama de conjunto.

Pero no hay perspectiva teórica para enfocar los temas, menos una interpretación histórica de fondo. Ni se piense en distinciones entre largo tiempo y coyuntura; entre lo sustancial y lo accesorio. No hay siquiera intento de enfocar analíticamente los problemas que condujeron a la crisis de la democracia en Chile: ni el desfase entre una democracia política bastante perfeccionada y un panorama socioeconómico de desigualdad dentro de su subdesarrollo; ni la evolución de pensamiento político chileno hasta su reducción a utopías o pla-

nificaciones globales que hacían el entendimiento imposible; la Revolución Cubana es presentada sólo como sinónimo de violencia guerrillera. Ni siguiera el fracaso de los planes económicos de los sucesivos gobiernos es abordado sistemáticamente. Sería bueno que, al menos para preparar esta edición destinada a ser publicada en Chile, hubiese consultado, por ejemplo: *Antecedentes y causas de la crisis de la democracia en Chile*, Ed. Andrés Bello, Santiago 1992, en el que aparecen trabajos de especialistas de varias disciplinas y de todas las tendencias políticas. Volviendo a Whelan, lo mejor de esta parte del libro son los cuadros estadísticos y el hecho de que entrega una cantidad, bastante desordenada, de información.

Con todo, entre esta sección de la obra y las dos primeras hay un mundo de diferencia para mejor.

Claro que los errores no desaparecen. Nunca tan sustantivos como los transcritos más atrás, pero algunos no dejan de ser llamativos en un estudioso como Whelan. Así nos enteramos que la Segunda Guerra Mundial comenzó no el 1º sino el 3 de septiembre de 1939 (p. 90); que según "un estudio exhaustivo de 1960, había 340.000 familias que poseía sus propios fundos" (p. 112); que "la oligarquía cedió el poder político decisivo cuando apareció la llamada república liberal en 1861" (p. 113); que Kerensky gobernó Rusia cuatro años y no sólo algunos meses en 1917 como creíamos muchos (p. 185); que bolchevique significa minoría y no mayoría como solía pensarse (misma pág.), etc.

La cuarta parte del libro se preocupa del Gobierno de la Unidad Popular y el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Fundamentada en buena medida en un libro anterior de Whelan, es la más lograda y la única que puede ser considerada un trabajo intelectual serio. En realidad se tiende a pensar que la obra debió haber comenzado aquí.

El pánico de la derecha cuando despertó el 5 de septiembre de 1970 (si es que durmió), ante la evidencia que se había caído de la cuerda floja en que tan desaprensivamente se había subido, está bien pintado. También las vacilaciones de la no menos angustiada Democracia Cristiana.

La historia del Gobierno de Salvador Allende, relatada con detención, transmite adecuadamente la impresión del caos que fue. Pese a la evidente prevención en contra, la figura del Presidente, mostrada con justicia como un mal estadista, es retratada con acierto en su compleja condición humana, frívola y desestructurada, pero bien intencionada, desaprensivamente generosa, valiente. La gestión de los colaboradores, en cambio, es demolida sin misericordia y con buena información. V.gr.: la política económica y la estupidez arrogante de la extrema izquierda —que quería violencia y finalmente la tuvo— quedan fielmente expuestas. El sentimiento de exasperación nacional creciente por lado y lado también se transmite bien.

Nuevamente lo más novedoso de estas páginas es el recuento de las relaciones del Gobierno UP con Estados Unidos (Gobierno y empresas privadas), aspecto que Whelan ciertamente domina o parece hacerlo.

El relato del golpe militar constituye una síntesis coherente desde la perspectiva de los vencedores. No contiene –hasta donde me consta– tergiversaciones graves a la verdad, excepto quizá la afirmación de la existencia del “plan Z” parece ser cierta (p. 541). De más está insistir que el uso de fuentes del “otro lado”, más allá de los recuerdos el doctor Gijón, hubiera enriquecido mucho el relato, que a veces toma tono de gesta triunfal. Pero logra dar el ambiente que se vivió en Santiago durante el día 11 de septiembre de 1973.

Un aspecto simpático: no resistió Whelan la tentación de reproducir el diálogo en que el almirante Carvajal relata el suicidio de Allende: “*Hay una comunicación, una información, aquí hizo una pausa, 'es del personal de la Escuela de Infantería. Debido a la posibilidad de interferencia, la transmitiré en inglés. They say da'*, él pronunció la palabra de esa manera, *'Allende committed sueside', nuevamente su pronunciación, 'and now is dead'* ”. (p. 487).

Llama la atención, por contraste, la mezquindad con que se relata el fin de los dirigentes de la Unidad Popular encerrados en La Moneda. Augusto Olivares orinando con la puerta abierta (p. 479) y Allende descrito –reiteradamente– con su masa encefálica esparcida alrededor, al lado de una botella de whisky (p. 486). Es posible que cuando el señor Whelan esté en trance de muerte su conducta tampoco sea muy serena ni coherente.

La última parte del libro es una larga crónica-reportaje apologética del Gobierno militar y en particular de Pinochet. El “espíritu portaliano” sale a la cancha (p. 573). Ahora son todos honrados, habilosos, innovadores y patriotas. De los personajes y organizaciones que lo integraron o sirvieron, sólo Manuel Contreras le merece a Whelan un claro juicio condenatorio.

Esta culminación tiene el mérito de reunir información que estaba dispersa y el defecto de ser muy desigual en el tratamiento de los temas. Es también la más reiterativa y cargada de adjetivos de toda la obra.

Parte con una entusiasta descripción de la euforia de los partidarios del golpe los primeros días; incluso el toque de queda habría sido tremendamente popular (p. 536). Se incluyen largos trozos de muchos de los documentos claves de ese renacimiento. Se hace una biografía de los “cuatro jinetes” (p. 395). Se demuestre que los ex funcionarios de la Unidad Popular lo pasaron razonablemente bien en la Isla Dawson, en un alojamiento que denominaron “El Sheraton”. Se reconoce que, en el contexto de la situación, hubo violaciones de los derechos humanos y se dan cifras, aunque se agrega: “*Lo que no puede ser puesto en duda es que Chile ha sido objeto de un escrutinio y un escarnio público sin igual. Ambos han estado de lejos fuera de toda proporción con la magnitud incluso de los crímenes que se le han imputado*” (p. 663).

Pero, queda otra duda, ¿cuántos miles de crímenes son necesarios para una condena moral? ¿Cuántos tienen que ser imputados a un régimen para merecer el escarnio mundial?

Más adelante se comentan también los problemas con Bolivia y la cuasi guerra con Argentina. La hostilidad internacional hacia el Gobierno militar se reitera, con innumerables ejemplos y comparaciones, hasta la majadería: franceses, suecos, españoles, norteamericanos, mexicanos, todos engañados por los lugares comunes que esparcía por el mundo el comunismo y los políticos desplazados.

Se ataca a la Iglesia Católica con falsedades: "*desde comienzos de la década del sesenta en adelante, la Iglesia en Chile marchó cada vez más al compás de un tambor socialista adhiriendo a Allende y a sus objetivos, si es que no a su mismo marxismo*". (p. 679). Afirmación curiosa; en primer lugar por la extraña metáfora usada, ¿traiciona el inconsciente a Whelan?; ¿quién será el que "marcha al compás de un tambor"? Pero, fundamentalmente, por ser una rotunda falacia. ¿Apoyó a Allende la Iglesia Católica chilena en las elecciones de 1964? ¿Se puede afirmar honestamente que en la primera mitad de la década del sesenta el clero chileno pudo haber sido marxista? Que se muestre un solo documento oficial de Iglesia en esa época —o en cualquier otra— que pueda ser considerado marxista; desde luego no lo hace el autor de *Desde las cenizas...* Ahora bien, si luchar por la justicia social en la década del sesenta, defender después los derechos humanos y los perseguidos por una dictadura es marxismo, vamos entendiendo verdaderamente la ideología de Whelan... o el nivel de su conocimiento del marxismo...; recordemos que "bolchevique" significa minoría.

Se relata el plebiscito de 1988; la "absoluta imposibilidad" de que Gustavo Leigh siguiera como miembro de la Junta Militar, la gestación de la Constitución de 1980, el nuevo plebiscito y las desventuras del ex Presidente Alessandri al respecto. Se expone el panorama desolador de la Democracia Cristiana, los afanes de los marxista leninistas en el extranjero, la nueva previsión, el atentado contra Pinochet y la organización de la oposición a partir de 1985. Algunos de estos son puntos son desarrollados en detalle.

No se refiere, sin embargo, al asesinato ecológico de la ciudad de Santiago, fruto de una política de locomoción colectiva imbecil; la intervención y casi destrucción de algunas universidades, entre ellas la de Chile; la ausencia de libertad de prensa; la censura a los libros; el pillaje de nuestra flora y fauna por empresas internacionales; la destrucción de los ferrocarriles; el descenso de los recursos para la educación y salud de los que no podían pagar una privada. No sólo eso, se ignora el exilio y se olvida absolutamente el sufrimiento de la mitad más pobre de este país que pagó los costos de todo el largo experimento autoritario-neoliberal. Al parecer, era material gasta-

ble. Todos estos problemas quizá hubieran merecido un lugar dentro de 1.043 páginas.

En fin, el "milagro económico" es debidamente destacado: privatizaciones, apertura al comercio exterior, crecimiento (hay referencias al "Ladrillo"). Se incluye el traspás de 1982 (fruto de la coyuntura internacional), aunque no se menciona que el Estado de Chile, tan vilipendiado, regaló varios miles de millones de dólares a los bancos privados. En todo caso, la crisis no impidió el éxito inevitable del sistema, etc... Aunque todo esto esté expresado de manera bastante desordenada, esta última parte del libro es la más verdadera. Sin embargo, ¡es tanta la verba! El texto se hace interminable.

Pero... termina. Termina con el plebiscito de 1988 en que los chilenos rechazaron a Pinochet y su Gobierno. Curioso resultado ante tal panorama de éxito. De modo que la conclusión viene a poner en duda la tesis. La renacida democracia, libre de vicios, lo primero que hace es renegar de sus mentores.

El libro de Whelan es una defensa a ultranza del régimen de Pinochet. Fue escrito durante los años del gobierno militar por un adalid de éste bajo el signo de la indignación ante la incomprensión internacional y también con la actitud de algunos sectores políticos chilenos, que creía minoritarios, hacia esa obra que no habían sabido entender ni justipreciar... los mismos que gobiernan Chile hoy.

Ahora bien, la indignación del autor resulta comprensible cuando *Desde la cenizas...* se editó en inglés hace algunos años (1989) y honradamente pudo creer estar en la razón. Pero la edición chilena ha aparecido a mediados de 1993 cuando el veredicto sobre el Gobierno Militar, ya no internacional sino de la gran mayoría de los chilenos, ha sido dado en 1988, 1989, 1991 y lo será de nuevo en pocos meses más. ¿Es que la democracia chilena —ahora renacida— no es capaz de expresar un juicio? ¿La condena a lo que significaron los años de dictadura es consecuencia de la falta de sentido histórico del pueblo de Chile? ¿O este defecto corrió y todavía corre por cuenta de Whelan, quien debió —al menos en esta edición de 1993— haber repensado sus impresiones de 1989? Los pueblos se equivocan a veces, pero más frecuente es que se equivoquen los periodistas. Whelan debería darse cuenta que en el presente su indignación es compartida sólo por una pequeña minoría y eso no es casual.

RENATO CRISTI Y CARLOS RUIZ, *El pensamiento conservador en Chile*. Santiago, Ed. Universitaria, 1992, 163 páginas.

Retomando un tema sobre el cual se ha escrito bastante, los autores (en la forma de seis ensayos, tres de ellos –hasta donde nos consta– repeticiones o versiones mejoradas de otro ya aparecidos) analizan el pensamiento, y, en particular, la visión de Chile y su historia propia de varios intelectuales de derecha de nuestro siglo XX. En primer lugar, el trío fundador de la visión conservadora de la historia de Chile. En el mismo orden cronológico: Alberto Edwards V., Francisco A. Encina y Jaime Eyzaguirre. Después, en lo que es más novedoso, se preocupan de Osvaldo Lira y Mario Góngora e, indirectamente, de Julio Phillipi, Gonzalo Vial, Jorge Prat y otros, así como de algunos órganos de difusión de derecha en el conjunto de su línea editorial.

Las ideas conservadoras de Edwards y Encina y su relación e implicancias políticas fueron destacadas primero por Ricardo Donoso (*Francisco Antonio Encina simulador*, Santiago, 1970) y después estudiadas por Julio César Jobet (“Las concepciones historiográficas reaccionarias de Francisco Antonio Encina” en: *Temas históricos chilenos*, Quimantú 1973) y en varios trabajos aparecidos después de 1976. Uno del propio Carlos Ruiz, en dos partes, referida la primera a Encina y la segunda a Jaime Eyzaguirre y titulado “Tendencias ideológicas de la historiografía chilena del siglo XX” (publicada en “Escritos de teoría” II y III-IV, 1977 y 1978-79), el que, con algunas modificaciones, se repite, ahora dividido, como dos de los seis ensayos de la obra que se comenta. Pero también en dos volúmenes titulados *Perspectiva de Alberto Edwards* y *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, que incluyendo trabajos de Ignacia Alamos, Juan Carlos González, Mariana Aylwin, Sofía Correa y de quien escribe este comentario fueron editados en 1976 y 1977 por Editorial Aconcagua. Finalmente, en la revista *Alternativas* N° Especial 1984, yo volví a la carga analizando y ligando a todas las figuras que ahora recogen Cristi y Ruiz.

Las tesis de Ruiz y del grupo que me incluía son notablemente similares en lo que se tocan, vale decir, principalmente, en relación a la figura y obra de Jaime Eyzaguirre y, en menor medida, Encina. De hecho, Carlos Ruiz, en su trabajo cita el libro *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre* y a sus autores. Las diferencias de ambas aproximaciones dicen relación con la perspectiva intelectual en que se realizaron: la de la obra colectiva, más biográfica e historiográfica. La del artículo de Carlos Ruiz, más filosófica.

Carlos Ruiz no se preocupó en ese entonces –sino de paso en el artículo sobre Encina– de la figura fundadora (después del precursor Sotomayor Valdés) de la interpretación conservadora de la historia de Chile: Alberto Edwards. Lo haría después, en conjunto con Renato Cristi, en el artículo “Pensamiento conservador”, publicado en la revista *Opciones* N° 9 en 1986.

En relación a la prensa de derecha, Carlos Ruiz había publicado ya al menos dos ensayos. El primero en *Opciones* N° Especial 1984, y el segundo, junto a Jorge Mera en el libro *La Prensa, del autoritarismo a la libertad* en 1989.

Es así que el pensamiento de estos autores y, en menor medida, la de los medios de comunicación periódica que utilizaron ellos y otros, había sido ya analizado más o menos en profundidad. *El pensamiento conservador en Chile* viene pues a ser la culminación de esta serie de estudios, reproduciendo de hecho —como ya se dijo— los dos de Carlos Ruiz de 1977, 1978-79 y uno de Renato Cristi de 1991. Pero lejos de tratarse de una obra trasnochada, el libro pone de nuevo sobre el tapete un tema que no sólo fue sino que todavía es de sobra importante. Y lo es no sólo desde un punto de vista intelectual sino también político, pues se trata de un análisis proyectivo y crítico de esa visión conservadora, algo de la mayor trascendencia vista, la que ha sido la traducción histórica de esas ideas en nuestro pasado cercano.

En el primero de los ensayos (publicado inicialmente en *Estudios Públicos* N° 44, 1991 Renato Cristi se preocupa del pensamiento de Alberto Edwards y su evolución desde un conservantismo liberal a un conservantismo revolucionario, ubicado en verdad, como lo afirma textualmente Cristi, “en los umbrales del fascismo” (p. 47). Sobre el joven Edwards, Cristi, repite lo que ya se sabía y casi no se discute, aunque matiza y completa. Conservador y autoritario en lo político, abierto a lo liberal en lo económico, era un nostálgico del orden portaliano (“liberalismo Tory”) en una época de abulia y desorden político. Sólo que Cristi conecta esta posición con la “Thèse royaliste” (de algunos autores franceses de los siglos XVIII y XIX) favorable al autoritarismo unipersonal, en contraposición a la “Thèse nobiliaire” (de otros autores franceses) que habría estado tras la rama liberal (“frondista”) de nuestra oligarquía gobernante durante el siglo XIX y hasta 1920. El símil es sugerente, pero por desgracia no se aporta evidencia empírica de que Edwards haya conocido de esta polémica gala. En todo caso, de haber una influencia de ese tipo ésta vendría de Constant, Burke y Tocqueville, autores que menciona Cristi (p. 40).

Pasa luego a preocuparse del Edwards hondamente tocado por la rebelión de la clase media y el fin definitivo del Chile oligárquico: los gobiernos de Alessandri e Ibáñez. Para Cristi este proceso, sumado a la influencia —fundamental— de Oswald Spengler (algo también muy conocido y aceptado), habría provocado un cambio de fondo en el autor analizado. Tenemos desde entonces a un Edwards “conservador revolucionario”: el Edwards de *La fronda aristocrática en Chile*, que sería un pensador diferente al de sus trabajos anteriores. Acepta Cristi que sus ideas pueden ser muy similares en todos sus escritos, pero el énfasis en determinados puntos y el nuevo contexto histórico en que se

expresan les dan, después de 1925, un carácter revolucionario; su antiliberalismo es radical y total, tanto más que en cuanto transformado en la cultura política de la nueva clase media se ha convertido en un "nihilismo espiritual y social" (p. 45). De allí su entusiasmo por Ibáñez (dificilmente considerable sólo un "liberal Tory" o representante de "Thèse royaliste") y su esperanza que su asunción al mando de la nación sea "un nuevo Lircay". Edwards quiere en Ibáñez al "César" de los últimos tiempos, el "individuo magno" caracterizado por Spengler. Ciertamente el Edwards spengleriano parece estar en los umbrales del fascismo en la medida que Spengler lo estaba..., sólo que el propio autor de la *Decadencia de Occidente* se defendió de esa acusación cuando se le reprochaba de ser uno de los padres espirituales de la Alemania nazi (*Epoca de decisiones*, 1933). En todo caso la afirmación pareciera tener cierta base.

La cuestión de fondo es: ¿el Edwards conservador-liberal, era radicalmente diferente al Edwards conservador revolucionario? El mismo Cristi acepta, como dijimos, que sus ideas tienen continuidad. ¿O las nuevas circunstancias, sumadas a la lectura de Spengler, transformaron su pensamiento? Y si fue así, ¿se trató de un caso de angustia "intelectual"? ¿o siguió la regla general en el sentido de que el Estado en manos de un hombre fuerte ha sido defendido en Chile por los pensadores de derecha cuando les ha convenido y lo han combatido cuando les ha estorbado? Por cierto que para Edwards (el "último pelucón") un panorama mesocrático le era mucho más insoportable que un simple desorden parlamentario "nobiliario", algo que —en fin— quedaba siempre en familia. En otros términos, ¿el cambio en el pensamiento de Edwards fue un quiebre cualitativo y de fondo o sólo hubo una variación relativa, más en el plano emotivo que en su sustancia, ayudado por Spengler que le dio la nueva luz? Difícil respuesta. La evolución, que existió, yo la calificaría: "desde el autoritarismo conservador liberal, al cuasi fascismo a la chilena".

El segundo ensayo lo dedica Carlos Ruiz al pensamiento conservador de Francisco Antonio Encina. Comienza por un resumen de la historia del pensamiento conservador y autoritario europeo. Pasa luego a preocuparse de la situación chilena. Con razón señala que fue durante la primera década del presente siglo que comenzó en Chile la difusión de un pensamiento nacionalista, y destaca algunas obras de Encina, en particular *Nuestra inferioridad económica*, destinada a cambiar la orientación educacional del Chile de entonces. Lo que a nuestro juicio no queda claro es la ligazón de ese nacionalismo y el pensamiento conservador. Antisocialista y antiestatista lo fue el Encina de 1911, pero su caracterización ideológica sería la de liberal en lo económico sobre un trasfondo de darwinismo social, modernizante y contrario a la tradición humanista secular de nuestra educación. Distinto es el caso —y aquí concordamos plenamente con la tipificación de Carlos Ruiz— del Encina que escribió, ya en la década de 1930, *Portales* y comenzó a echar las bases de su

Historia de Chile. Ahora sí tenemos a un conservador autoritario en espectacular despliegue. Intuitivo, racista, elitista, despectivo del intelecto —quien presume de intelectual—, simple y apasionado en sus diagnósticos, de adjetivo fácil; es el “huaso” Encina. Por desgracia Carlos Ruiz no menciona sus mentores por esta época: Para la interpretación racista de la Colonia y el mestizaje, el racista Nicolás Palacios. Para la idea de la República marcada por el mito portaliano y la decadencia de Chile conectada al liberalismo, etc..., Alberto Edwards. Para el conocimiento de los hechos: Crescente Errázuriz, su malquerido Barros Arana, Sotomayor Valdés, etc. Hay, en el caso de Encina, más claramente que en Alberto Edwards, un evidente cambio. Sus tesis se hacen extremas. Concluye Ruiz, destacando la enorme divulgación que ha tenido Encina, algo indudable, también ya dicho pero quizá no suficientemente.

El tercer ensayo, igualmente de Carlos Ruiz, está dedicado a la figura de Jaime Eyzaguirre. Se divide en tres aspectos: el tradicionalismo católico, el proyecto corporativo y la génesis del hispanismo. El más logrado nos parece el segundo.

El tradicionalismo de Eyzaguirre es abordado en su vertiente milenarista, que no fue la única. Dentro de esta perspectiva creo que exagera Carlos Ruiz cuando la conecta fundamentalmente con el sentimiento de crisis histórica que vivían Eyzaguirre y su clase por la época. También hubo en el historiador estudiado un genuino misticismo escatológico tomado de la escuela del sacerdote Juan Salas, maestro de Eyzaguirre (y en la cual también participó Mario Góngora), y la ya larga tradición milenarista chilena que se remonta a Lacunza y una serie de personalidades eclesiásticas chilenas del siglo XIX. Más adelante, en el mismo punto, tiende a asimilar el pensamiento de tradicionalismo católico de Eyzaguirre con la doctrina social de la Iglesia que también defendió, los que ciertamente no son lo mismo.

El análisis que hace Carlos Ruiz del proyecto corporativo de Jaime Eyzaguirre es mucho más novedoso; matiza su carácter dual, antidemocrático liberal pero también antioligárquico en lo político; su desarrollo del principio de subsidiariedad y el antiestatismo en lo económico-social. Se trata de un análisis acucioso que sistematiza y clarifica el pensamiento de Eyzaguirre al respecto..., quizá más allá de lo que era.

En cuanto al tercer y último punto tocado, Ruiz muestra algo que resulta evidente de la lectura de cualquier libro de Eyzaguirre: que era un hispanista enamorado. Pero junto a acertadas opiniones aparecen vacíos. De nuevo notamos la ausencia de los nombres de los mentores de Eyzaguirre (españoles en este caso) que son citados por él repetidamente; una ausencia importante si se trata de hacer la “génesis” de un pensamiento. Por otro lado Ruiz de nuevo insiste en conectar ese hispanismo con la coyuntura histórica chilena del momento. Pero el intento —válido quizá en cuanto a la tendencia corporativa—

ahora se traduce, a nuestro juicio, en una deformación del pensamiento de Eyzaguirre. Deformación que creo fruto de una aproximación materialista histórica algo hipertrofiada por parte de Ruiz. El hispanismo de Eyzaguirre era un fenómeno fundamentalmente personal y emotivo y si tuvo un carácter clasista éste fue producto de su tendencia aristocratizante y no fruto de una conexión con los intereses de la oligarquía de época.

Concluye este tercer ensayo con una respuesta a Gonzalo Vial,¹ siempre dispuesto a rechazar el apelativo de conservador para él o sus maestros cuando se le confunde con lo "oligárquico; por más que en algunos casos (no en el de Eyzaguirre) la diferencia sea en extremo estrecha.

El cuarto ensayo, también de Carlos Ruiz, se refiere a la presencia del pensamiento conservador, corporativista y neoliberal en algunas revistas de derecha. Se trata de una cuestión política presentada en forma clara y convincente. Hace un cuidadoso seguimiento de las publicaciones, sus continuidades, paradojas y contradicciones. Salen a la palestra numerosos políticos e intelectuales de derecha de las últimas décadas y queda todo lo claro que es posible el cómo un pensamiento nacionalista, conservador y corporativista terminó transigiendo con, e incluso adoptando, el neoliberalismo; proeza intelectual de sutil complejidad sólo comprensible si se piensa que trataba de muchas inteligencias y de que todo vale cuando se trata de defender los propios intereses. Un artículo muy útil si se intenta entender la evolución doctrinaria de la derecha chilena y sus órganos de expresión, incluido, por cierto, *El Mercurio*, durante las últimas tres décadas.

El quinto ensayo corre a cargo de Renato Cristi y su tema es nuevamente la convergencia de conservadores y nacionalistas, con los liberales extremos en la década de 1970. Desde el comunitarismo antiliberal y antiindividualista al liberalismo irrestricto. Cristi se centra en el estudio de la otra figura que junto con Eyzaguirre y Jorge Prat fue campeona de la opción conservadora corporativa inicial: el sacerdote Osvaldo Lira. La aproximación de Lira al tema, aunque igualmente marcada por la emotividad hispanista, fue, sin embargo, más intelectual que la de Eyzaguirre. Muy influida por el pensamiento de la España de la *Epoca Azul* (1940-1950) que Osvaldo Lira vivió en la península ibérica y la idea de la necesaria complementación entre soberanía social (corporativa) y soberanía política (autoritaria), prefiguraba un orden, el que, si le agregamos el liberalismo económico (no rechazado por el sacerdote), va a tener su expresión histórica en el Gobierno militar chileno después de 1973. De hecho, Cristi, acertadamente destaca el documento en que la difícil amalgama se torna solemne: La "Declaración de principios del Gobierno mi-

¹ Publicada cuando apareció este ensayo en su versión original ya citada. Ver supra.

litar" de 1974. En buena medida, por lo que se sabe, inspirada por Jaime Guzmán, muy cercano a Osvaldo Lira.

El sexto ensayo, también obra de Renato Cristi, se preocupa de la figura y obra de Mario Góngora. Se trata ahora del drama de un verdadero conservador que se encontró abrumado por la extraña alianza recién mencionada. Lo que para Guzmán no era problema (quizá porque no creía en ella verdaderamente) y que Lira aceptada sin mayor sobresalto, a Mario Góngora le parecía inaceptable. Fino, sincero y sólido intelectual como era, la tríada autoritarismo político, soberanía social corporativa y liberalismo económico, le parecía inviable. La historia de Chile le daría la razón después de 1988.

Comienza Renato Cristi destacando que a Mario Góngora lo satisfizo la "Declaración de principios" de la Junta Militar de Gobierno en 1974: su énfasis en atacar al marxismo, su defensa del cristianismo como concepción de vida, el nacionalismo como emotividad integradora, el afán de fortalecer los cuerpos intermedios. En fin, su apoyo a "una concepción orgánica del Estado" (...), "la fuerza más dinámica en el desarrollo de Chile". Señala que para Góngora el Estado nacional chileno fue la encarnación de un patriotismo, de una "mentalidad beligerante" que siguió viva hasta la guerra civil de 1891. Su desiderátum histórico fue el Estado portaliano. Producida la Independencia no habría existido en Chile una "virtud republicana", de allí la necesidad de Portales de crear un Estado autoritario e intervencionista *aunque no antiliberal* que sustituyese "ese vacío moral". Pero ese "sentido vivo y orgánico del Estado desaparece después de 1891" y "esto conduce a la expansión de las ideologías —positivismo, socialismo— y un cristianismo secularizado y convertido en moral altruista". Así se llega a la presidencia de Arturo Alessandri y nace, verdaderamente, el Chile democrático sobre la base de una permanencia entre las clases medias del "espíritu frondista de la aristocracia decimonónica". Ese Chile —salvo el breve lapso de la dictadura de Ibáñez— tiene como virtud central el humanitarismo y no el patriotismo del Estado orgánico admirado por Góngora, hasta llegar a su expresión última con el Gobierno de Eduardo Frei que inaugura la época de las "planificaciones globales".

Cristi, sin decirlo textualmente, muestra que Góngora comulgaba con un concepto de Estado como ente espiritual que corresponde a la concepción de una nación "en forma", siguiendo —una vez más— al autor de *La decadencia de Occidente*; un ente espiritual por encima e independiente de cualquier contrato entre voluntades individuales.

Por desgracia el neoliberalismo vino a arruinar el intento de implementar esa realidad que Mario Góngora veía en la "Declaración" de 1974. El neoliberalismo constituyó un nuevo intento de planificación global a partir de cero. La causa histórica última de esta evolución sería, según el propio Góngora, el hecho de que el conservantismo histórico chileno —el orden por-

taliano-, a diferencia del europeo, fue, desde 1830, sólo "un liberalismo cauto" (y en cuanto tal presa de la tendencia por lo ahistórico y abstracto) y no un tradicionalismo. De allí que prosperase el proyecto liberalizante extremo en que se transformó el programa del Gobierno militar después de sus auspiciosos inicios.

Cristi hace ver la contradicción implícita en la posición de Góngora: "¿Qué sentido tiene denegarle el carácter de conservador al régimen militar de Pinochet si en Chile no es ni ha sido posible ser tradicionalista o romántico, es decir, auténticamente conservador? ¿Si el conservantismo chileno es, como sostiene Góngora, liberal, ¿no habría respetado la tradición el régimen militar al adoptar políticas neoliberales?"

Concluye Cristi afirmando que "La crítica ultranacionalista de Góngora al neoliberalismo representa la más alta expresión reflexiva del pensamiento conservador chileno, pero a la vez implica la formación de una nueva fisura en su interior (...); una línea demarcatoria se traza ahora entre el nacionalismo tradicionalista y el neoliberalismo".

La figura de don Mario Góngora pasa así a la historia del pensamiento conservador chileno, en la interpretación de Cristi, como un ser solitario. El último, más profundo y más genuino conservador, el gran derrotado por la modernización del Chile de Pinochet. Pero derrotado también por su propia idealización mistificada de un Chile conservador que no lo fue; de una aristocracia y unos intelectuales que nunca lo fueron sino a medias y que, finalmente, en Pinochet encontraron al espadón -como Prieto en 1830- que los salvó socialmente pero que no significaba para ellos, ontológicamente, algo sustancial.

Como conclusión de este análisis contenido en el último ensayo del libro *Pensamiento conservador en Chile*, resulta, pues, que éste -en sus principales figuras- no ha sido muy ortodoxo, excepción hecha de Góngora.

Así concluye este libro. Serio, bien trabajado, no demasiado novedoso; aporta algunas perspectivas interesantes. En la medida que junta mucho material anteriormente disperso y permite obtener conclusiones de síntesis, se trata de una obra fundamental.

CRISTIAN GAZMURI

MICAELA NAVARRETE ARAYA, *Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896*. Colección Sociedad y Cultura, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1993, 126 páginas.

La obra de Micaela Navarrete constituye un interesante y novedoso estudio, cuyo análisis debe plantearse en dos dimensiones principales: el contenido mismo y su tratamiento, por una parte, y, por otra, la metodología empleada: la

investigación histórica a partir de fuentes literarias, en este caso la poesía popular en torno al presidente Balmaceda a fines del siglo XIX.

Ambos aspectos se encuentran profundamente entrelazados en la unidad de la obra, y resulta difícil referirse a uno sin considerar el otro. Hay todavía un tercer elemento de análisis que es la actitud de la autora ante su fuente principal, la poesía popular, y ante los hechos narrados e interpretados por la historiografía tradicional. Finalmente, habría que agregar alguna referencia a la documentación y bibliografía empleadas para el estudio. Este último punto será el primero que abordemos, dada la naturaleza de la obra.

1. Fuentes empleadas por la autora

De acuerdo a las nuevas tendencias que hoy se intentan en la investigación histórica, Micaela Navarrete se ha propuesto llenar el vacío que observa entre los historiadores respecto a la actitud y participación del pueblo en la Revolución de 1891. Ha centrado la atención en cinco autores que coinciden en sus apreciaciones al respecto: Guillermo Feliú Cruz,¹ Julio César Jobet,² Francisco Antonio Encina,³ Crisóstomo Pizarro⁴ y Hernán Ramírez Necochea.⁵ Ninguno de ellos, en opinión de la autora, profundiza en la mentalidad popular frente a los acontecimientos del momento, limitándose a señalar la indiferencia y pasividad del pueblo ante los acontecimientos. Jobet habla de un "ente inconsciente y enajenado, absolutamente pasivo frente a las vicisitudes de la historia colectiva" (pág. 16). Dentro de esta percepción común, Ramírez Necochea presenta una pequeña variable: cree que el pueblo se inclina hacia Balmaceda (pág. 17).

Ante dicha situación, Micaela Navarrete ha recurrido a la "lira popular" o "literatura de cordel", cuya producción sitúa entre 1860 y 1920 (pág. 19). De ella, seleccionó aproximadamente 150 composiciones que aparecen entre 1886 y 1896, y que corresponden a los siguientes autores: Bernardino Guajardo,⁶ Daniel Meneses, Rolak (Rómulo Lastarria), Adolfo Reyes, Rosa

¹ Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX, en la *Abolición de la esclavitud en Chile*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1942.

² *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1951.

³ *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Nascimento, 1951 y 1952, Tomos XIX y XX.

⁴ *La Revolución de 1891. La modernización*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica, 1971.

⁵ *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*, Santiago, Editorial Universitaria, 1972.

⁶ En la enumeración que hace la autora, la existencia de este poeta se sitúa entre 1812 y 1866 (pág. 20); sin embargo, en las páginas 24 y 26 aparece publicando en 1886 y fechas posteriores a la elección de Balmaceda, error que no figura en la Fe de erratas, pero que creemos corresponde a la imprenta, en otros aspectos muy cuidada y atrayente.

Araneda, Nicasio García, Juan Bautista Peralta, José Hipólito Cordero, Francisco Tapia, Juan de Dios Romero, Ignacio Salazar, Desiderio Parra, José Arroyo, Javier Pérez, Luis A. Palma, Juan Rafael Allende. Añade once autores identificados por sus seudónimos, además de numerosos poetas anónimos y algunos periódicos de carácter popular. Ninguno de esos autores aparece como portavoz de los sectores dirigentes: clero y clase política, lo que representa para Micaela Navarrete un valor esencial: la expresión popular de lo propio y autónomo. En otras palabras, esta selección de la "lira popular" estaría indicando la existencia de un sector social que tiene conciencia de sí mismo (págs. 19-20) y que, poco a poco, según señala la autora en otro lugar, va adquiriendo conciencia política, también autónoma (pág. 113).

En este intento histórico y metodológico, Micaela Navarrete fundamenta su estudio en dos autores, principalmente: Arnol Hauser: *Introducción a la Historia del Arte*, acerca del "apogeo del arte del pueblo" en la *Europa de los siglos XVIII y XIX*, y Juan Uribe Echevarría: *Cantos a lo divino y a lo humano en Aculeo. Folklor de la Provincia de Santiago*; y *Tipos y cuadros de costumbres de la poesía popular del siglo XIX*.

Por último, como testimonios "claves" en Chile, menciona las Colecciones del filólogo y folclorista Dr. Rodolfo Lenz, y de Raúl Amunátegui, que se encuentran, respectivamente, en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca de la Universidad de Chile. A todo ello debe agregarse una interesante bibliografía adicional que enriquece el estudio y abre posibilidades para otras investigaciones similares.

2. El contenido y su tratamiento

En oposición a los historiadores tradicionales, la autora opina que el pueblo tuvo una postura definida ante la figura de Balmaceda, la que pasó por tres etapas claras y explícitas en la poesía popular:

- a) 1886-1888: apoyo y entusiasmo ante su gestión política. Grandes expectativas.
- b) 1888-1890: el pueblo experimenta, por parte del Gobierno, una actitud negativa para los intereses de los obreros y de la democracia. La decepción lleva al pueblo a una postura de oposición, que no corresponde, sin embargo, a la oposición eclesiástica ni política. El pueblo se endurece ante los acontecimientos trágicos, como, por ejemplo, la muerte del joven conservador Isidro Ossa Vicuña, en 1890 (pág. 39). Durante la Revolución de 1891 la poesía popular atribuye al régimen dictatorial de Balmaceda las drásticas medidas que toma el Gobierno contra el pueblo: "vejámenes, abusos, azotes y reclutamientos forzosos", como también el espionaje, asaltos y saqueos (pág. 41).

La matanza de Lo Cañas, 19 y 20 de agosto de 1891, en que 35 jóvenes son asesinados, culmina la indignación de un pueblo que no se identifica con la lucha en que se le obliga a participar (págs. 54-55). La caída de Balmaceda es percibida por la poesía popular como el castigo divino a tantas culpas: la Virgen del Carmen les ha dado la libertad del pueblo y el diablo se apodera de Balmaceda (págs. 68-76).

- c) El gobierno de Jorge Montt, 1891-1896, produce una nueva y diferente reacción popular: las expectativas cifradas en la Revolución terminan en desencanto. La oposición ricos-pobres adquiere, en este período, un relieve particularmente fuerte. El pueblo experimenta pobreza y cesantía. En su visión, la clase política, el clero y los extranjeros se enriquecen injustamente a costa de los pobres. La oposición del clero a la secularización de la sociedad aparece, en la poesía popular, como un afán de poder. Iglesia, Gobierno, sectores políticos, decaen en el sentimiento del pueblo.

La figura de Balmaceda comienza a reivindicarse. Paulatinamente, adquiere una dimensión religiosa trascendente: Balmaceda se convierte en el mártir crucificado por defender los intereses de los pobres; pero su figura redentora reaparecerá, porque el mártir no ha muerto. Volverá para salvación de los oprimidos:

“Que está muy vivo, sí,
Quien lo creyera,
Que ha de volver triunfante
Con su bandera” (pág. 107).

Se inicia, así, la “idealización” popular de Balmaceda, que continuará creciendo en el tiempo (pág. 109).

En todo este proceso el pueblo no ha perdido su religiosidad, que vive, sin embargo, de un modo diferente al que predica la Iglesia y practican los conservadores. La política, por otra parte, es percibida también en forma autónoma, pero estrechamente vinculada a la religiosidad popular. Micaela Navarrete concluye con una breve y profunda síntesis, donde confluye todo su análisis anterior: en este “complejo proceso de maduración de la conciencia democrática del pueblo” surge una “conciencia ético-religiosa popular” que da a la conciencia política e histórica su verdadero contenido y significación (págs. 118-119).

3. *Análisis e interpretación de la poesía popular*

Establecido el valor historiográfico y metodológico de la obra, nos queda una pregunta pendiente. La lectura de la obra muestra dos sectores sociales

absolutamente diferenciados, separados y opuestos entre sí: el pueblo, por una parte, y por otra, la clase dirigente: los políticos y el clero. Este segundo sector vive ajeno e indiferente frente a las necesidades del pueblo. Balmaceda lo atormenta con persecuciones implacables, a partir de 1888. Los revolucionarios de 1891 lo utilizan para sus ambiciones de triunfo; luego lo abandonan en la pobreza y miseria. La Iglesia lo ignora en sus luchas de poder frente al Gobierno que intenta la secularización.

“Cuatro partidos peleando
están en nuestra nación
tres discuten por el diablo
i uno por la religión”
(pág. 100)

En el caso de la Iglesia, la situación resulta especialmente compleja, como señala María Angélica Illanes en su Presentación, “La [categoría] más importante consiste en la visión de la política desde la categoría “ético-religiosa” presente en la poesía popular de la época en estudio” (pág. 11).

En otras palabras, a partir de la religiosidad popular, de carácter medieval, se desarrolla en el pueblo la experiencia de una “identidad de clase”, “identidad nacional”, “pertenencia popular a la patria” y “crítica política respecto de aquellos sectores que rompen la ética social”, aunque valorizando a determinadas figuras en particular (págs. 12-13).

La religiosidad es el sustrato básico de la mentalidad popular y el punto de partida de su madurez y conciencia social y política. Pero esa religiosidad aparece en la obra claramente diferenciada, incluso opuesta, a la religiosidad eclesiástica:

“Uno de los propósitos de este estudio ha sido hacer luz sobre esta distinción entre la religión oficial eclesiástica (de tipo clerical y conservador) y la conciencia religiosa popular (de ancestro medieval popular)” (pág. 112).

La pregunta que nos hacemos frente a las afirmaciones mencionadas se refiere, precisamente, a ese abismo social, político, ético y religioso que se percibe a través de la lectura. ¿Habrà alcanzado el grado, la dimensión casi absoluta que se desprende del estudio? De ser así, la Iglesia de la época, el clero en especial, resultará totalmente desprovista del espíritu que le dio origen y que define su función de intermediaria entre el hombre y Dios. Por otra parte, la religiosidad popular, desde el desamparo del pueblo, se desarrolla en forma independiente de la Iglesia y en torno a dos polos principales: la Virgen del Carmen (el cielo) y el diablo (el infierno) (pág. 111).

Creemos que este planteamiento puede arrojar luces importantes acerca de la religiosidad popular y de su proyección en el campo social y político; lo mismo puede afirmarse respecto de la Iglesia chilena frente al pueblo y a su situación socioeconómica, a sus concepciones sociales, éticas y religiosas, frente a sus reacciones, prácticas y actitudes en general.

Pensamos que la presente selección de poesía popular y de textos e ilustraciones periodísticas representan un valioso aporte a un estudio como el señalado, pero un aporte parcial.

De ahí su limitación como fuente para establecer realidades históricas de tanta trascendencia sin aplicar un criterio muy crítico y explícito respecto a la expresión política popular, de gran valor en sí misma.

En síntesis, la obra de Micaela Navarrete representa, en nuestra opinión, un gran esfuerzo de investigación dentro de las nuevas tendencias historiográficas, a la vez que señala temáticas y fuentes que aún no han sido abordadas por la historiografía tradicional.

MARIA ANGELICA MUÑOZ GOMA

BERNARDO SUBERCASEUX, *"Historia del libro en Chile (Alma y cuerpo)"*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1993, 254 págs., ilustr.

Una historia del libro, en la plena acepción de este título, debería ser, de alguna manera, un "Libro de libros", es decir, una publicación dotada de un carácter no sólo representativo de aquellas obras que glosa, sino más ampliamente modélico del "ser en sí" de los libros.

Difícil tarea, materia vastísima, aun en nuestro pequeño país, inserta en el núcleo mismo del problema cultural, y que encuentra en esta "Historia del Libro en Chile", de Bernardo Subercaseaux, una primera tentativa de conjunto.

Como señala el autor en la Introducción: "a diferencia de la historia tradicional sobre el libro y la imprenta, el objeto de este estudio no es ya sólo el proceso mecánico de impresión y la historia de los productos impresos, sino también las ideas sobre el libro, el fenómeno de la lectura e impacto de los libros y la distribución, circulación y consumo de los mismos. En cierta medida se intenta ahora revelar aspectos de la sociedad y la cultura a través de la historia del libro".

En efecto, Subercaseaux se propone estudiar el libro en una doble vertiente "corporal-espiritual"; como objeto y, a la vez, como vehículo de cultura.

El compromiso implicaba un conocimiento vasto y profundo de la historia cultural chilena, de la historia social, de la historia de las ideas, de las artesanías, del diseño y de otras varias ramas de la cultura en nuestro país, que

el autor no siempre demuestra poseer, sobre todo en relación con los más tempranos períodos históricos abordados –la primera mitad del siglo XIX– u omitidos –toda la época hispánica–. En descargo del autor, hay que decir que la elaboración de esta especie de “historia psicossomática” del libro en Chile era una tarea ímproba, difícil de arribar a buen puerto no sólo por el enorme trabajo de investigación requerido, sino también debido a las insuficiencias de la documentación y, en ocasiones, al hermetismo de las fuentes.

De este modo, lo que Bernardo Subercaseaux ofrece no es principalmente una historia del libro en nuestro país, sino una historia de las obras impresas en Chile y de las imprentas y editoriales extranjeras y nacionales que operaron aquí desde 1811 hasta la década del 80 del presente siglo, conectándolas, no tanto con el desarrollo sociocultural, sino más bien con el discurso político dominante en cada época.

Si se hubiese tratado efectivamente de una historia del libro en Chile, su punto de partida –fijado por el autor en 1811– resultaría desfasado de la realidad histórica. Así, el autor asumiría esa concepción típicamente decimonónica propulsora del “oscurantismo” y del atraso del período hispánico, ya superada, tanto en otros países de América Latina como en Chile.

Porque la historia del libro Chile no se inicia en 1811, sino ya en el siglo XVI con los libros religiosos y las obras de caballería traídos por las primeras huestes hispanas, a las que Irving Leonard –especialista en la cultura escrita del período– ha asignado tan importante papel en la conquista espiritual de América. La primera biblioteca que se ha encontrado mencionada documentalmente en Chile es la de Melchor Jufre del Aguila, quien en 1613 poseía “80 cuerpos de libros”, cantidad apreciable si se tienen en cuenta los cómputos hechos para la península por estudiosos como Bartolomé Benassar, Philippe Berger o Maxime Chevalier. (Véase nuestro *Arte y Sociedad en Chile 1550-1650*, Ediciones Universidad Católica, Santiago 1986, 169-170).

En el horizonte de esa cultura oral y visual que predominó en Chile hasta fines de la época hispana, lentamente el libro se fue levantando y cobrando importancia, según demuestran los listados de títulos de los inventarios de la época y las referencias sobre bibliotecas particulares y conventuales que contienen publicaciones como las de Irving Leonard, Tomás Thayer Ojeda, Javier González Echenique, Mario Góngora, Bernardino Bravo Lira, Miguel L., Ríos O.M., Horacio Aránguiz D., Alamiro de Avila Martel y Cristián Gazmuri. (Véase al respecto nuestro estudio *La Cultura Escrita en Chile 1650-1820. Libros y Bibliotecas*. Historia N° 24. Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica, Santiago 1989, 107-213).

Así, la segunda mitad del siglo XVIII, junto con asistir a la introducción de la imprenta en el país en 1776, donde se imprimió el primer folleto “made in Chile” –*El modo de ganar el jubileo santo*–, fue testigo de la formación de

importantes bibliotecas privadas como las de José Valeriano Ahumada, José Teodoro Sánchez de Loria, la de los obispos Manuel de Alday y Francisco José Marán, Vicente de la Cruz y Bahamonde y Manuel de Salas entre otros, en las que se impuso ya un tónica que podría definirse siguiendo la terminología de Mario Góngora como "católica ilustrada".

A partir de entonces, toma el hilo el libro de Subercaseaux, definiendo entre 1811 y 1830 un período de "pocos libros y pocos lectores", en el cual se estimuló, no obstante las "nuevas ideas", seguido por una década, la "era portaliana", durante la cual, según el autor, se combatieron los planteamientos liberales portavoces del desarrollo del libro.

Desde 1840 en adelante, hasta 1950, el autor advierte un crecimiento sostenido de la industria editorial, de la importación de obras y del mercado del libro, iniciada bajo el alero de la cultura liberal con el surgimiento de un grupo social lector y con el establecimiento de las bases de la industria impresora. En relación a esa época se abordan de forma general algunos interesantes aspectos no tratados por otros estudios sobre el libro en Chile como la infraestructura de las industrias impresoras y las condiciones de producción, las características del producto, la circulación y la formación de las primeras empresas editoriales. Subercaseaux sitúa la "época de oro del libro en Chile" entre 1930 y 1950. Esta situación tan positiva, que parecía preludiar para Chile un porvenir como potencia editorial a nivel latinoamericano, se revirtió según el autor ya en la década del 50. De este modo, según Subercaseaux, en los veinte años que corren desde 1950 a 1970, cuando Chile participó por primera vez del fenómeno de la sociedad de masas contemporáneas, el libro habría quedado excluido en nuestro país del espectro de la moderna industria cultural.

Todavía en 1970, el autor echaba en falta un marco legislativo, impulsor de una política editorial y de una estrategia nacional sobre el libro, que permitiese revertir el problema. De este modo denuncia para ese entonces, metafóricamente hablando, una "espiritualización" excesiva del libro, que se habría transformado en pura idea, pensamiento o educación, desconociendo su cuerpo, su carácter de producto industrial de objeto exportable y de soporte de la cultura de masas.

El rol pasivo del Estado con respecto al libro se modificó según el autor en el período 1970-1973, cuando se produjo en este ámbito una activa intervención estatal enmarcada en un proyecto de profundización democrática y popular. Analizando la política editorial y la trayectoria de la nueva editora estatal Quimantú, ex Zig-Zag, el autor llega a la conclusión que, no obstante la masificación del libro producida entre 1972-1973, persistió en Chile en los años de la Unidad Popular "el desfase entre un discurso que concebía al libro como 'alma' de la cultura y una práctica económica y legislativa que ignoraba el carácter vital de la industria que lo producía".

Según Subercaseaux, un nuevo deterioro advino para el libro en Chile con el golpe militar de 1973 y el gobierno de la dictadura. Su análisis del itinerario de la editora Nacional Gabriela Mistral, producto a su vez de una nueva metamorfosis de Quimantú, arroja tres fases de acción del gobierno militar con respecto del libro: la fase represiva, la dinámica de "afirmación variada" dentro de una óptica derechista y, a partir de 1976, la incorporación del libro dentro del esquema del modelo neoliberal que significó la privatización de esta editorial.

A partir de 1983, el autor percibe algunos fenómenos nuevos en la fisonomía de la industria del libro y en sus modalidades, como una subordinación de la producción a otras áreas de la industria de la cultura, y un aumento —con desequilibrios— en el número de ejemplares en circulación, innovaciones a las que Subercaseaux otorga un carácter ambiguo, susceptible de ser interpretado como signo promisorio de dinamismo o como señal de deterioro y subordinación. Cierra este estudio un meditado diagnóstico del panorama actual del libro y de sus proyecciones para el año 2000.

Los capítulos correspondientes al siglo XX son los más completos y analíticos del libro, lo cual se explica por la mayor cantidad y diversificación de los antecedentes y de las fuentes utilizadas por el autor, por su conocimiento directo de los treinta últimos y por la eficacia del tipo de metodología sociológica por él usada para explicar los hechos y los fenómenos recientes. En cambio, a medida que la historia del libro en Chile retorna a sus orígenes, las fuentes de autor son progresivamente más pobres y sus metodologías se hacen insuficientes e inadecuadas para pesquisar los hilos de esa red cultural que se tornan particularmente finos, pero no por eso impalpables.

El libro de Bernardo Subercaseaux supone un apreciable esfuerzo de investigación y entrega un panorama de conjunto, que se enriquece en sus fuentes y en sus análisis durante los últimos cincuenta años. Pero quizá habría sido necesario enfatizar o redondear algunas cuestiones fundamentales y aun de Perogrullo, que aparecen esbozadas y otras que apenas se mencionan o se omiten como, por ejemplo: hacer un listado de los títulos más leídos en cada período cultural, lo que permitiría tener un panorama de la evolución de los gustos y preferencias en materia de lectura; los best-séller de cada época y los héroes o prototipos libresco; el "fenómeno del folletín" que entre 1840 y 1880 produjo una apreciable transformación en las preferencias de los lectores; el rol de los textos de enseñanza, mencionados tan de pasada —y que alcanzaron y alcanzan tan altas tiradas— en el desarrollo de la empresa y de la industria editorial, la fecha en que éstos comenzaron a editarse en Chile y a escribirse por autores nacionales; los montos de las importaciones y exportaciones en cada época; poco o nada se dice de la presentación de los libros, de su calidad, del objeto estético, de su diseño y de sus diseñadores, de sus ilustraciones e

ilustradores que han dado origen, incluso en Chile, a una rama artística; falta asimismo la consideración del libro como agente de desarrollo de la vida privada y de la vida interior, tema del cual la historiografía francesa de nuestros días ha extraído tan fascinantes conclusiones.

En fin, esta *Historia del libro en Chile* constituye un primer intento de conjunto —lo que es ya un notable logro— cuya visión deberá ser completada y profundizada por investigaciones futuras en la búsqueda ideal de ese "Libro de libros".

ISABEL CRUZ DE AMENABAR

GABRIEL GUARDA, OSB., *Una ciudad chilena del siglo XVI - Valdivia 1552-1604. Urbanística, res publica, economía, sociedad*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1993, 256 pp.

La ciudad de Valdivia, cuna del autor y polo de sus desvelos principales, se nos presenta de manera particularmente inédita a raíz del estudio de un plano de las ruinas de la otrora floreciente fundación, levantado en 1643 por los holandeses venidos ese año bajo el mando del Almirante Henrik Brower y de su segundo, Elías Herckmans. El hallazgo del documento fue hecho por el Embajador José Miguel Barros Franco en la Biblioteca de la Universidad de Göttingen, Alemania. Tal como lo expresa el Padre Guarda, "ha significado un súbito salto en el conocimiento no sólo de la traza urbana de la ciudad austral, sino de la realidad chilena de aquel siglo, en que las prósperas fundaciones australes, por efecto del alzamiento general de 1599, fueron segadas de raíz, a veces para no recuperarse jamás".

El plano muestra en dos hojas de tamaño oficio, a escala geométrica, con gran exactitud y muchos detalles, lo que permanecía de Valdivia después de su ruina a manos de los salvajes naturales el 24 de noviembre de 1599. Sin embargo, el autor no pone punto final en ese año en que la indiada asoló la urbe sino que, omitiendo la narración de los sucesos históricos del período, enfatiza los aspectos de la historia urbana hasta el despueblo en 1604 del Fuerte de la Santísima Trinidad, último bastión de supervivencia española en ese escenario, hasta la refundación de la ciudad por órdenes del Virrey Marqués de Mancera en 1644, en que aunque se prolongó su devenir hasta nosotros, nunca volvió comparativamente a tener ese empuje del siglo XVI como más antigua avanzada austral, pensada por Don Pedro de Valdivia como un núcleo de su gobernación en el extremo de ella, que sirviera de pivote para su acrecentamiento territorial hasta el estrecho de Magallanes, más allá del grado 41 sur, que no alcanzó a conocer al ser asesinado en las navidades de

1554. Si las fundaciones australes, más conocidas entonces como las "siete ciudades de arriba", no hubiesen sido destruidas, el dominio efectivo del extremo meridional del continente americano se habría logrado por parte del reino de Chile en el siglo XVII. Recordemos que el estrecho de Magallanes sólo vino a ocuparse en 1843 al fundarse Fuerte Bulnes; flaco favor nos hicieron entonces los aborígenes que, a costa de defender su tierra y no ser dominados, frenaron su propio desarrollo y el nuestro como nación surgida del mestizaje de varios grupos indígenas y los europeos, incluida la etnia mapuche, que si nos ayudó a darnos temple, nos dejó desmembrados en aspectos que sería impropio detallar aquí.

Fundada la ciudad en 1552, veintitrés años más tarde ocupaba el 24º lugar entre las 260 ciudades existentes en América, antes que Buenos Aires, La Paz o San Juan de Puerto Rico, que llegaron a ser capitales importantes con el transcurso de los siglos. Contaba antes de su destrucción con 450 casas "grandes" agrupadas en 41 cuadras; su población española alcanzaba unas 4.000 almas, a las que había que agregar 6.000 indios. No solamente poseía sus casas de gobierno y oficinas de administración, sino escuelas de primeras letras y de estudios superiores, hospital, nueve iglesias y cuatro conventos, amén de policía urbana y rural, cuatro notarías públicas, posadas e incluso un observatorio astronómico. De sus pobladores, más de 130 eran encomenderos y otros tantos comerciantes, algunos coincidentes en sus actividades que, además de sus tiendas, daban vida a los muelles, pósitos y bodegas, y animaban el mercado y la plaza de abastos. En el plano de las ruinas se dibujó el rollo de la justicia en su plaza mayor, en la cual sabemos se celebraban festejos religiosos y públicos, corridas de toros y otros esparcimientos de sus habitantes.

La economía de los valdivianos en el siglo XVI era sólida. De sus cajas reales se pagaban los sueldos de los gobernadores del reino, de los oidores de la Real Audiencia y de las tropas, solventando gran parte de la guerra de Arauco. Emitíanse préstamos a las cajas de Concepción. Productos agropecuarios, telas y ropajes, oro de Madre de Dios, maderas y otras mercancías se vendían y compraban, se traían desde lejos o se exportaban en casi un centenar de embarcaciones. El Padre Guarda contabiliza 76 buques activos durante el período de su estudio, con una frecuencia de casi una veintena por año, algunos construidos en astilleros valdivianos que se botaban a las aguas del Calle-Calle, mientras ellas movían molinos de grano y sierras hidráulicas. Después de la destrucción debió llegar nuestro antepasado Robert D. Burr, para que volviesen a ser activadas en 1829 sierras movidas por agua en Dalcahue, algo distantes de Valdivia. Sin embargo, la ciudad en el siglo XVI había elaborado sus maderas con la fuerza hidráulica. Un largo vacío se produjo después de la destrucción que en este y en tantos otros aspectos suspendió la cultura y la civilización australes, desnudándolas de todo adelanto y retoman-

do a las plumas y taparrabos. Quedó en el sur únicamente Chiloé como un miembro aparte de un cuerpo dislocado.

Apenas fundada la ciudad el 18 de marzo de 1552, el monarca español, en cuya persona coincidían el cetro, la espada y la corona del Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana, el César Carlos, junto a su madre la reina Doña Juana, había otorgado un escudo de armas a la fundación valdiviana, cuya carta de creación y concesión se conserva en el Archivo de la Casa Ducal de Alba, la cual se reproduce en el libro. Fue como el nuncio promisor de la importancia de la ciudad y de su futuro que se vio transitoriamente interrumpido al finalizar el siglo. En el campo del escudo se muestra la urbe al borde del río, fortificada con murallas y torres, bajo el flamear de la bandera blanca con la cruz de San Andrés de bastos de gules propia de la Casa de Borgoña, que en la albura plateada de la enseña y de la ciudad resaltan sobre el rojo esmalte del campo del escudo que rodea una bordura de oro cargada con ocho hojas de higuera. Timbran estas armas un yelmo cerrado, con un burelete de oro y sinople, del que se desprenden lambrequines de los mismos esmaltes que lo flanquean, y como cimera se ve saliente la sierpe verde y alada del fundador. Noble blasón que muchas ciudades hoy más importantes desearían poder parangonar en antigüedad y belleza heráldica, que como curioso y erróneo uso de la época en España luce ornamentos exteriores varoniles en vez de la corona de florones o la mural propia de las urbes.

Tanto se ha denostado por cultos e incultos historiadores la extracción social y cultural de los españoles venidos a las Indias, que se ha tejido una leyenda más que negra. Si es verdad que no solían venir grandes de España a estas latitudes ni a América en general, salvo ocupando virreinos y altas sinecuras de modo transitorio, no es menos cierto que vinieron algunos de sus parientes y gentes de pro y de sangre azul, aunque no tanto, como aquéllos. Si bien cada cual es más hijo de sus obras que de las de los antepasados, según recordaba Don Quijote, la nobleza es como el acopio de méritos que obligan a ser tanto o más que aquellos que nos la dieron, tal como el trabajo ahorrado es el paculio heredado que también cuesta esfuerzos no sólo su incremento sino su conservación. Es por ello necesario y perentorio destacar respecto a la ciudad de Valdivia, no como excepción, pero sí como ejemplo señero, la abundancia de nobles hijosdalgo que la habitaban. Dicha nobleza trasladada con los genes de aquellos a quienes correspondía el más alto rango social equivale al notable porcentaje del 49,86%. De 1.819 personas que el autor estudia y expone en un elenco al final de la obra, 57% era europeo con predominio español de Castilla, Andalucía y Extremadura, trece griegos, cinco italianos y tres flamencos. Un 40% era nacido en Chile, 28% de los cuales en la propia ciudad o sus términos y los demás de otros reinos de las Indias. De los pobladores sólo pudo establecerse la calidad de 907, quedando sin precisar

819. De los hidalgos, 45 pertenecían a familias de la alta nobleza de Castilla. Sólo un 0,04% de los habitantes se reconocía o declaraba plebeyo y sólo 24 individuos eran mestizos y 23 esclavos. En estas cifras, 130 personas eran encomenderos, catastrados por el autor con la sucesión de 88 encomiendas de indios y su transmisión hasta después de 1599. Hay que agregar, para finalizar, que la actividad militar era mayoritaria, algo más de un 35% ante la representación exclusivamente civil que sólo llegaba al 24%, a la que debe añadirse un 5% de eclesiásticos. Valdivia, no hay que olvidarlo, era un bastión y un núcleo del que se desprendieron puntas de penetración hacia el sur, como lo evidenciaron Osorno y Chiloé, que nacieron gracias a su apoyo. Militar era el empuje necesario para llegar al dominio del estrecho por su importancia geopolítica de ser durante un tiempo el único paso conocido de comunicación entre el Mar del Norte y el del Sur, hasta que el descubrimiento del Mar de Drake dejó abierta la ruta para que los enemigos de España navegaran sin más trabas que los rigores de la naturaleza y la voluntad de defensa, sin apoyo, de los pocos habitantes de Chiloé y desde la repoblación de Valdivia de aquellos que vivieron en este enclave de notable arquitectura militar, la que no corresponde a la etapa que cubre este interesante libro de historia urbana.

Como un ejemplo de la obscuridad de los instintos, de lo fácil que es destruir y no construir, una avalancha de milenaria prehistoria irrumpió sobre la obra civilizadora de un puñado de valientes y esforzados pobladores. La masa contra la inteligencia, la fiera contra el hombre, en un santiamén borró 47 años de sacrificios, de trabajo, esperanza y fe. ¿Qué pasó con los lucidos habitantes? Fueron asesinados 150 varones, 442 mujeres y niños cautivados, 141 personas perecieron de hambre en el Fuerte de la Santísima Trinidad y 254 dejaron de existir de trágicas formas, que en las páginas del libro se señalan. Un número no precisado se salvó en tres navíos y un grupo de cautivos logró ser rescatado, incluso algunos cuarenta años después.

Muestra del amor a la ciudad que los había albergado, varios sobrevivientes se reinstalaron en ella en 1645 cuando Valdivia resurgió de sus cenizas. Su sangre se prolonga hasta nuestros días en muchos ciudadanos de la urbe sureña que son herederos de aquellos que la fundaron en 1552, de sus defensores de 1599 y de sus repobladores de 1645.

Pocas ciudades americanas tienen una historia de tanto lustre y heroísmo en los albores de la nacionalidad. Cuesta creerlo al contemplar el pacífico y dulce fluir del río que refleja los renovados edificios como una remembranza del retrato heráldico de la ciudad plateada de su escudo de armas.

CARLOS OVIEDO CAVADA (Director), *Episcopologio chileno, 1561-1815*. Ediciones Pontificia Universidad Católica de Chile, 4 tomos, Santiago 1992, 452, 477, 564 y 635 páginas.

El libro que a continuación presentamos aparece bajo la coyuntura de las celebraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. Junto con constituir un ambicioso proyecto del actual Arzobispo de Santiago, es además una obra que por sí misma tiene su propia historia.

Desde los lejanos días de 1985 se iniciaron conversaciones, en un comienzo informales, para la realización de una obra colectiva que se encargara de estudiar más a fondo las principales actuaciones de los obispos chilenos durante los primeros siglos del dominio español. De esta manera se complementarían la información ya entregada algunos años antes por Monseñor Oviedo en otra de sus publicaciones: *Los obispos en Chile, 1561-1978* (Editorial Salesiana. Santiago, 1979). Guía indispensable para tener un panorama general sobre la materia.

Fue por responder a estos propósitos que se organizaron reuniones de trabajo que en un principio tuvieron como motivo el elaborar un tomo referencial de biografías relativas a los obispos del período hispano, abarcando lo más exhaustivamente posible sus desempeños en las respectivas diócesis (pág. 31).

Sin embargo, al correr del tiempo se pudo comprobar que el espacio mínimo destinado para cada autor era insuficiente en muchos casos, lo que impedía realizar un estudio adecuado de ciertos prelados que cobraban especial importancia para el trabajo. Por otro lado, al sumarse más colaboradores de distintas áreas en esta empresa, el programado tomo inicial pasó a convertirse en un verdadera obra monumental por la cantidad de páginas e información que acumulaba.

Los tomos que tenemos en nuestras manos son el resultado exitoso de esta tarea, la cual bajo la dirección general de Monseñor Oviedo y la cuidada edición de Marciano Barrios han logrado salir de las prensas con una digna presentación y calidad gráfica.

Como todo trabajo colectivo, es obvio que podemos notar diferencias no sólo en la extensión de los artículos, sino también en la calidad de éstos. Ya sea por la escasez de fuentes para el biografiado, o por la incomprensión del contexto en que se mueven los protagonistas, algunos de ellos sólo revelan aspectos jurídicos y anecdóticos de estos pastores de la Iglesia, mientras que otros constituyen realmente estudios casi insuperables en esta materia. Esto es el reflejo muchas veces de que los redactores de algunas de las biografías no son en realidad historiadores de profesión.

Vamos por parte en la revisión de esta obra.

El tomo primero nos entrega una meditada introducción de Monseñor Oviedo sobre los motivos que originaron esta obra y las características generales de la Iglesia chilena en el período que se aborda. Es un útil resumen pormenorizado de todos los aspectos relativos a la administración eclesiástica; división y creación de las diócesis; designación de los obispos; funcionamiento y disciplina de éstos, y a las relaciones existentes con el Virreynato del Perú y la Santa Sede (págs. 29-93).

El resto de los estudios que componen este tomo se refieren a las biografías de nueve obispos de Santiago que cronológicamente llegan hasta fines del siglo XVII. Los protagonistas de este volumen son: Rodrigo González Marmolejo, Fernando de Barrionuevo, Diego de Medellín, Pedro de Azuaga, Juan Pérez de Espinoza, Francisco González de Salcedo, Gaspar de Villarroel, Diego de Humanzoro y Bernardo Carrasco y Saavedra. Dichos obispos han sido investigados por Fernando Aliaga, Carmen Norambuena, Antonio Rehbein, Marciano Barrios, Ronald Schirmer, Luis Eugenio Silva, Carlos Oviedo y Javier González, respectivamente.

Las biografías de Ronald Schirmer, sobre Pérez de Espinoza, y Javier González, sobre Bernardo Carrasco, junto con ocupar una extensa cantidad de páginas, desarrollan de manera bastante completa la labor de ambos eclesiásticos. Los restantes artículos muestran un nivel adecuado a la obra, aunque algunos como el de Gaspar de Villarroel sean difíciles de acceder por su redacción y por la inclusión de apéndices no siempre muy pertinentes.

El segundo volumen se encarga de continuar las biografías de los obispos de Santiago, examinando ahora a: Francisco de la Puebla González, Luis Francisco Romero, Alejo Fernando de Rojas, Alonso del Pozo y Silva, Juan Manuel de Sarricolea, Juan Bravo del Rivero, Juan González Melgarejo y Manuel de Alday y Axpée. Aquí los investigadores Eduardo Soto Kloss, Santiago Lorenzo, Ronald Schirmer, Mauro Matthei, José Franco, Carlos Salinas, René Millar, Juan Guillermo Muñoz y Javier González se encargan de informarnos sobre las vicisitudes de estos hombres de Iglesia ya bastante entrado el siglo XVIII.

Al igual que en el tomo anterior se destacan trabajos de calidad, ya sea por su carácter exhaustivo o porque son logradas síntesis de la coyuntura política económica y religiosa en que se inserta el biografiado. En esta línea pueden situarse las biografías hechas por Mauro Matthei, René Millar, Juan Guillermo Muñoz y Javier González, quien, en su investigación sobre Alday, pareciera haber agotado toda fuente y posterior biografía del prelado.

El tomo tercero, junto con finalizar el examen de los obispos de Santiago, se encarga de adentrarnos en las figuras protagónicas que llevan a cabo esta labor pastoral en la diócesis de Concepción.

Las biografías de los últimos obispos santiaguinos: Blas Sobrino y Mina-yo, Francisco José Marán y José Santiago Rodríguez Zorrilla son en esta oportunidad elaboradas por Roberto Pérez, Antonio Dougnac y Bernardino Bravo Lira. Asimismo, el obispo auxiliar Rafael Andreu y Guerrero es revisado por José Antonio González.

La Diócesis de Concepción es estudiada a través de Antonio de San Miguel, Agustín Cisneros, Reginaldo de Lizárraga, Luis Jerónimo de Oré, Diego Zambrana y Dionisio Cimbrón. En la tarea de reconstruir sus vidas se han esforzado Marciano Barrios, Antonio Rehbein, Julio Retamal Avila, Juan de Luigi y Mauro Mattei.

Lugar destacado merecen los trabajos de Marciano Barrios (Antonio de San Miguel, Agustín de Cisneros), Mauro Mattei (Dionisio Cimbrón), Bernardino Bravo (Rodríguez Zorrilla) y Antonio Dougnac (José Marán).

El cuarto y último tomo, el más voluminoso de todos, finaliza con los obispos de Concepción, Francisco de Loyola y Vergara, Antonio de Morales, Luis de Lemos, Martín Alonso de Híjar, Diego Montero, Juan de Necolalde, Francisco Antonio de Escandón, Salvador Bermúdez, Pedro Felipe de Azúa, José Toro y Zambrano, Pedro Angel de Espiñeira, Tomás de Roa y Diego Antonio Navarro Martín de Villodres. Respectivamente, estos personajes son abordados por Fernando Ruz, Carlos Oviedo, Gabriel Guarda, Carlos Salinas, Sergio Correa Bello, Luz María Méndez, José Antonio González y Fernando Campos Harriet.

Un pequeño pero inestimable aporte se realiza en la parte final con las biografías de los obispos chilenos con diócesis en el extranjero. Los nombres de Alonso Briseño, Francisco de Godoy, Manuel Antonio Gómez de Silva, Pedro Miguel de Argandoña, José Antonio Humeres, José Antonio Martínez, Manuel Nicolás Rojas de Argandoña y Andrés Quintián Ponte, son rescatados del olvido por Walter Hanisch, Gabriel Guarda, Marco Antonio León, Marciano Barrios, Javier González y Hernán Rodríguez. Esta parte del volumen es quizás la más resentida por la escasez de documentos en Chile para tratar a fondo esta tarea.

Un práctico índice general de los tomos anteriores cierra las páginas finales de la obra.

En suma, nos encontramos con más de 2.000 páginas dedicadas no sólo a una mera recopilación de datos biográficos, sino también preocupada por la elaboración de una seria síntesis que permita captar las particularidades más destacadas de la Iglesia chilena en sus inicios.

La guerra contra los araucanos, las penurias económicas, los cambios ideológicos y el duro trabajo pastoral se entrelazan en las individualidades que este monumental trabajo analiza. No obstante, si bien ha de recordarse que el

carácter de obra es servir de material de consulta sobre el tema, ello no impide pensar que sienta las bases para un futuro estudio prosopográfico del clero chileno.

Desde ya alentamos a quienes en un futuro, ojalá no muy lejano, se arriesguen en esta nueva empresa.

MARCO ANTONIO LEON LEON

A.A.V.V., *Formas de sociabilidad en Chile 1840-1940*. Fundación Mario Góngora-Editorial Vivaria, Santiago, 1992, 393 pp.

La noción de sociabilidad ha sido recuperada desde la monotonía de los diccionarios, y reivindicada como una interesante herramienta en la comprensión de los fenómenos sociales, resultando particularmente eficiente en lo tocante a las relaciones interpersonales que se suscitan en una determinada sociedad. Se suma así a aquellas categorías de análisis, derivadas en su mayoría de otros ámbitos de las ciencias sociales, que han renovado los estudios de historia social al permitir apreciar con diferente criterio la realidad de nuestro pasado.

El libro que comentamos reúne las ponencias presentadas en un seminario homónimo, realizado en Viña del Mar en mayo de 1991, y constituyen una puesta en práctica del concepto. Son, por lo tanto, trabajos que aspiran, con distinta suerte, a señalar maneras de asumir la "sociabilidad" en el terreno de las diversas áreas del quehacer historiográfico.

Inicia la compilación el artículo "La sociabilidad como categoría histórica", de Maurice Agulhon. Responsable directo de la vigencia del término en las investigaciones históricas, el autor se remite a explicar el origen del vocablo y la acepción que a su entender es la más apropiada para este tipo de estudios: vale decir, "una manera propia del hombre de vivir en sociedad".

Esta idea, tan sencilla a primera vista, contiene insospechadas implicancias al centrar la atención sobre los mecanismos empleados por el ser humano para establecer vínculos con los demás miembros del colectivo social. Estos mecanismos son, obviamente, susceptibles de cambio según el tiempo, el espacio y la cultura que se analice, y, en consecuencia, son potenciales sendas de exploración del historiador.

La sociabilidad como una metodología comprensiva en historia social revaloriza a lo cotidiano y a las asociaciones como objeto de estudio. Ello, dada la existencia de códigos y estructuras de grupo que permiten afirmar

que la vida asociativa, formal, reglamentada y con objetivos determinados, surge en buena medida de una vida social más rutinaria, subyacente e informal.

El texto de Agulhon, conciso y breve, tiene el mérito adicional de presentar sintetizadas sus reflexiones acerca del tema, desarrolladas en el transcurso de veinticinco años de especialización. Naturalmente, éste entrega las pautas generales que determinan al resto de las comunicaciones presentadas en el Seminario.

Así, la sociabilidad en el ámbito de las asociaciones es revisada en aquellas de tipo político, mutual y de servicio público.

Acerca de las instancias políticas, Bernardino Bravo Lira analiza los primeros partidos políticos chilenos, entendiéndolos no sólo como instituciones en competencia por el poder, sino también como manifestaciones de una nueva forma de sociabilidad aparecida en nuestro país terminando la década de 1850. La creación de partidos reflejaría, entonces, un cambio de mentalidad y de los modos de expresar opciones políticas.

Similar opinión mueve a Cristián Gazmuri a rastrear los antecedentes de la sociabilidad política criolla de fines del siglo pasado en el modelo francés del Club Republicano, patrón cuyo influjo sería notable tanto en Santiago como en las principales ciudades del norte, reflejándose en la creación de sociedades intelectuales, asambleas electorales, clubes y grupos políticos medianamente organizados.

La temática de la sociabilidad en las asociaciones mutuales es estudiada por Baldomero Estrada y Leonardo Mazzei. Mientras Estrada se detiene en la consideración de la Sociedad de Socorros Mutuos "Italia" como una expresión de sociabilidad de los grupos migrantes arribados a Chile entre 1880 y 1900 (enfaticando el caso de Santiago), Mazzei concentra su análisis en la Società Italiana di Mutuo Soccorso "Concordia" de Concepción, comprendiéndola más como un mecanismo de inserción de los recién llegados a la sociedad que los acogía, que como una tradicional asociación solidaria.

Ejemplo de la sociabilidad en asociaciones de servicio público es la Tercera Compañía de Bomberos de Valparaíso entre 1857 y 1860, objeto del estudio de Adolfo Ibáñez. La ponencia es atractiva no sólo por el análisis de los miembros de la compañía y de la rutina de la vida bomberil, sino además por haberse basado el autor en el empleo del *Diario de Oficiales* y de los libros de asistencia de la compañía como fuentes de información.

Otra vertiente historiográfica de la noción de sociabilidad se refiere a los espacios, formales e informales, de recreación y de reunión.

En este sentido Fernando Silva Vargas realiza una meticolosa exploración de los cafés existentes en Santiago durante la primera mitad del siglo pasado, viendo su importancia como centros de esparcimiento y conversación. Junto a

ello, el autor estudia el origen y desarrollo de la "cultura del té y del café" en Chile, junto con su injerencia en la transformación de las relaciones sociales.

Continúa la misma orientación la ponencia referida a la casa patronal chilena de Teresa Pereira. En ella, se vincula la sociabilidad de la clase terrateniente a los espacios generados por la arquitectura de la "casa grande", los ritmos laborales rurales y las festividades religiosas, agrícolas y familiares.

Hernán Godoy Urzúa, María Angélica Muñoz Gomá y Cristián Jará J. procuran develar el sentido social y la trascendencia cultural de las tertulias y salones literarios. Ambas manifestaciones, informales aunque dotadas de cierta regularidad en su realización —incluso avanzado este siglo—, al acoger a políticos, intelectuales y artistas, serían campo fértil para el desarrollo de criterios y disposiciones que influirían en el devenir nacional.

En un interesante paralelo entre los salones literarios franceses y chilenos, Jara concluye que en el caso nacional el salón constituía un estilo de reunión de la clase alta antes que un intento de formación de una carrera en el mundo de las letras.

Regina Claro estudia el Club Naval de Valparaíso como centro de sociabilidad formal entre 1885 y 1940, presentando más bien la serie de eventos realizados en el Club antes que un examen prolijo del problema de sociabilidad que involucra el círculo en cuestión.

Idéntica característica la comparten las comunicaciones de Fernando Campos Harriet, referida a banquetes famosos en Concepción, y a la de Hernán Rodríguez Villegas, centrada en las exposiciones de arte efectuadas en Santiago entre 1843 y 1887. Dichos trabajos son útiles por la información acopiada, pero no aportan elementos para el juicio historiográfico.

La sociabilidad pública enraizada con las diversiones populares, otro aspecto de la categoría "sociabilidad", es analizada por Isabel Cruz y Jaime Valenzuela.

La investigadora nombrada profundiza en el legado de la fiesta religiosa barroca en Chile a comienzos del siglo XIX, revisando las principales fiestas de la época y poniendo especial dedicación a la celebración del Carnaval, Corpus Christi y la Fiesta de Andacollo. Su investigación confirma que el festejo de las fechas más significativas del Calendario Litúrgico Colonial fue conservado pese al proceso de Emancipación.

Valenzuela se dedica a la consideración de las diversiones rurales populares en Chile Central entre 1850 y 1880, revisando los espacios lúdicos, como eran las chinganas; los principales entretenimientos; las carreras de caballos y juego de naipes, y la presencia del alcohol como catalizador de vínculos sociales. En este cuadro, el autor detecta formas y contenidos propios de una sociabilidad popular poseedora de continuidad hasta el presente.

Estudios de sociabilidad en una escala más cotidiana son los presentados por Eduardo Deves y Rolando Mellafe. El primero efectúa una introducción metodológica del uso de la fotografía histórica como fuente de información para el estudio de la sociabilidad, concentrándose sólo en sus potenciales virtudes.

Mellafe entrega un estudio acerca del hábito de mujeres y hombres de ocultar su rostro con tejidos, lo que se denominaba "tapado". El investigador se limita a dejar constancia del desarrollo del fenómeno, pero omite, lamentablemente, los efectos en las relaciones interpersonales de tan curiosa como conflictiva costumbre.

Complementa el volumen el trabajo de Ana María Stiven, quien se ocupa de entregar un análisis interpretativo del conocido y polémico texto de Francisco Bilbao "Sociabilidad Chilena". Pese a la buena calidad del estudio presentado, su ubicación corresponde más al área de la politología que a la de la historia social y, en consecuencia, resulta ajeno al conjunto.

En resumen, este libro, que incluye oportunas fotografías, viene a confirmar la actualidad de los estudios de historia social en nuestro país. Se convierte así en referencia y guía indispensable de quienes deseen aventurarse en el estudio de la sociedad chilena de ayer y de hoy.

JOSE G. DIAZ BAHAMONDE